

Sociológica, año 22, número 64, pp. 277-282
Mayo-agosto de 2007



*La frontera interpretada.
Procesos culturales en la
frontera noroeste de México*
de Everardo Garduño *et al*¹

Raúl Balbuena Bello

Miles de indocumentados han desfilado por las calles de las principales ciudades de Estados Unidos en demanda de un estatuto legal que los reconozca no sólo como “sujetos” laborales sino como sujetos de derechos laborales, ciudadanos y humanos. Los estudiantes –quizá por experimentar con certeza y desde temprana edad los embates de una sociedad que criminaliza el origen latino– han apoyado fervientemente la causa del movimiento: “somos estudiantes, marchamos hoy y votamos mañana”. Mientras tanto, el Senado estadounidense involuciona e insiste en señalar a la frontera con México como un espacio a “resguardar”. Redoblar la custodia en la línea fronteriza, o militarizarla, e incluso la pertinencia de impulsar a grupos racistas como los *minute man*, son temas de discusión constantes en la política de ese país.

Nuevamente, la frontera se convierte en un espacio problemático: por ella, según algunos temores, puede infiltrarse el terrorista, pero también el pollero, el narcotraficante, el criminal y el ilegal. Sobre ella y su uso territorial se han firmado distintos acuerdos, pero también sobre sus ciudades y pobladores se han hecho afirmaciones esencializantes: Tijuana, la ciudad del pecado; Ciudad Juárez, tierra de nadie. En esta sintonía, la lucha contra el mal es la lucha contra la frontera, contra una cultura cercenada, denigrada y minimizada al espacio del imaginario en donde la prostitución, los asesinatos y la violencia (de todos los órdenes) conjugan el espacio. Colateralmente,

¹ Everardo Garduño *et al*, Centro de Investigaciones Culturales y Museo de la Universidad Autónoma de Baja California-Conaculta, Centro Cultural Tijuana-Congreso del Estado de Baja California, Mexicali, 2005, 173 pp.

otras expresiones fronterizas son menguadas y relegadas no sólo de la geopolítica sino de los estudios culturales.

Son pocas las obras que realizan interpretaciones complejas en las cuales además de ser pensada como un espacio de violentos antagonismos entre sujetos, contextos, países o naciones, la frontera sea revisada culturalmente y se incluyan en el marco de interpretación los sucesos que se han enraizado, por su cotidianeidad, en las prácticas sociales y reconfigurado el contexto cultural.

La frontera interpretada, un trabajo colectivo presentado por el Instituto de Investigaciones Culturales y el Museo de la Universidad Autónoma de Baja California, incluye distintos puntos de vista sobre “la otra forma” de ver a la frontera, particularmente la del noroeste de México. Como se anuncia en su parte introductoria (desarrollada por Hernán Salas Quintanal), esta propuesta no sólo plasma intuiciones, conjeturas y descripciones, sino que reflexiona y permite imaginar conexiones entre contextos, lugares y actores que participan de la configuración del espacio fronterizo.

La obra se divide en seis partes y corresponde a las autorías de Mario Alberto Magaña (“Baja California-California: ensayo histórico de su conformación de frontera de gentilidad a frontera binacional”); Héctor Manuel Lucero (“Baja California. Ciudad posfronteriza”); Fernando Vizcarra (“En busca de la frontera. Identidades emergentes y migración. Apuntes para una aproximación reflexiva”); Everardo Garduño (“Las fronteras imaginadas de la comunidad yumana y su uso instrumental”); Lilian Paola Ovalle (“Las fronteras de la narcocultura”), y Alberto Tapia Landeros (“Agua, aire, fuego, tierra: elementos sin frontera”).

Sin tener la intención de fincar demarcaciones o de redefinirlas, esta es una propuesta que plantea formas inesperadas de conexiones de sentido entre historia, individuos, cultura, migración, identidad y ecología. Permite reconocer una frontera que se reinventa a partir de los nexos más inadvertidos, que se transforma desde sus adentros.

“La frontera se diluye, se nos muere”, parecen decirnos los medios de comunicación. En contraste, la frontera reconstituye su historia: de aquellos polvos estos lodos. La frontera mexicana, como ha dicho Magaña, abreva de un enraizamiento histórico entre California y la Baja California que antecede, incluso, a las fronteras políticas. Antes de que ellas aparecieran, los jesuitas se interesaron en ubicar

las delimitaciones de un territorio que no diferenciaba entre la una y la otra Californias. En una especie de suerte insospechada, las misiones franciscanas fueron consignadas a custodiar los límites geográficos de un pueblo que recién se enteraba de su posición en el espacio geográfico y cultural de una América nonata. Sin embargo, las misiones y los conflictos políticos y bélicos no pudieron, por sí solos, conformar lo que ahora conocemos como la región fronteriza.

Según apunta Magaña, ésta es resultado del contacto entre dos conjuntos culturales: indígenas nómadas yumanos y occidentales novohispanos y californianos. Entonces, la historia de la frontera se reinventa: “de ser frontera de gentilidad, espacio imaginario católico de la lucha contra el mal, se transformó en espacio imaginario de la lucha de la civilización contra la barbarie” (Magaña: 46). Y de esta lucha ancestral que nos presenta el autor abrevan nuevos conflictos identitarios que precisan definiciones académicas.

Por otro lado, Vizcarra apunta que la frontera se funda sobre la violencia y el conflicto, y en torno a las fronteras físicas se hilan las culturales, que definen contornos simbólicos e imaginarios sobre los cuales explicamos nuestras mismidades, pertenencias y proximidades, pero también las distinciones, las diferencias. Con este argumento, Vizcarra nos introduce en el debate de las identidades y la migración. Dado el carácter inconsistente de las identidades, según sostiene, los procesos de legitimación y resistencia cultural se encuentran abiertos a resemantizar los campos culturales, a establecer nuevos campos de transacción.

En este sentido, Garduño encuentra que las comunidades yumanas negocian entre una identidad de consumo externo y otra de consumo interno. Es decir, la posición de cada yumano en la comunidad se explica dialécticamente. A partir del imaginario comunitario, o lo que Benedict define como comunidad imaginada (camaradería horizontal, solidaridad y homogeneidad), los yumanos, de acuerdo con Garduño, reelaboran sus dinámicas tradicionales de fisión-fusión para enfrentar así su propia inestabilidad económica, pero también para establecer el tipo y la consistencia de la relación con los otros. Así, muestra cómo la identidad yumana enfrenta el peligro de la fragmentación comunal a través del desarrollo de una dimensión instrumental como respuesta a las presiones externas. Lejos de considerar a la identidad yumana como un “producto puro”, Garduño permite pensar en ella como una comunidad cercana a lo que García Canclini refiere en su

propuesta del hibridismo, es decir, una comunidad que incorpora elementos “difundidos ampliamente por el Estado”. Este replanteamiento proporciona pistas relevantes para repensar la construcción de la identidad étnica en un contexto fronterizo, en un entorno cultural en tensión y en tiempos de una inestabilidad política que impulsa los miedos.

En este sentido, la frontera presenta su carácter más complejo en tanto tiene que ver con la forma en la que se organizan y se relacionan las culturas en un espacio geográfico y simbólico. En particular, esta frontera, nuestra frontera, supone una historia detrás suyo, una construcción cultural y social cuya necesidad de ser contada exige una extensión e incluso un desborde de los márgenes interpretativos.

Si bien el narcotráfico ha sido uno de los temas más polémicos en los ámbitos políticos y sociales, la aproximación cultural que propone Ovalle permite gestionar recursos categóricos como el de narcocultura o el de narcomundo. El abordaje al narcotráfico, desde la propuesta de las prácticas sociales, permite indagar e incluso deconstruir el imaginario social. Y aquí lo real, lo simbólico y lo imaginario, aun cuando delimitan sus propias fronteras, aparecen como un entramado o entrecruzamiento para proporcionar un amplio panorama del narcotráfico.

La narcocultura, o bien, la cultura del narcotráfico, trasciende distintas fronteras, tal como nos lo deja ver Ovalle: las posiciones de clase, educación, religión y políticas son atravesadas por las redes transnacionales del narcotráfico, mientras que el corrido, la opulencia, los celulares, los automóviles lujosos, las computadoras portátiles y las armas de fuego se convierten en elementos de distinción del narcomundo. Quienes los poseen, ostentan poder, decisión, pertenecen. Así, el narcomundo aparece en las representaciones sociales como el objeto deseable para muchos.

Además de que la visión del narcotráfico ofrecida por Ovalle se aparta de facilismos y fanatismos, el énfasis académico que sustenta el análisis permite pensar en él como una construcción compleja de simbolismos, actitudes, relaciones, posiciones e, incluso, subordinaciones de distinto orden. El mundo del narcotráfico, por tanto, es una convergencia moral, económica y geopolítica que, por diversas circunstancias, ha sido señalada como un fenómeno fronterizo al que, por cierto, también se le han fincado responsabilidades al respecto.

Pareciera que, como ya han señalado otros, en los contextos globalizados que exacerban los nacionalismos tanto como las actitudes patrióticas o las formas más sofisticadas de la computación, también se exige la redefinición de las fronteras geopolíticas. En este sentido, es importante reinterpretar la frontera, articular los aspectos históricos, sociales, económicos, culturales y políticos, pero también los ambientales, esos sobre los que Alberto Tapia finca su reflexión.

Agua, aire, fuego y tierra desconocen fronteras geopolíticas. Entorpecidos por las líneas culturales y sociales, los cuatro elementos que anteceden a la humanidad son repensados por Tapia y articulados a una discusión de corte binacional. Más allá del discurso de la banalidad, los linderos entre género humano y naturaleza son reforzados desde dos culturas que, en la búsqueda de su diferencia, olvidan sus similitudes para forjar enemistades y subrayar jerarquías.

De esta forma, la apropiación de insumos elementales en la vida social, cultural y personal, como el agua, es polemizada por Tapia al describir puntualmente la participación de las grandes firmas internacionales en los procesos de retención del agua y traer a discusión la ausencia de un gobierno local que parece imposible ante un ecocidio creciente.

En curioso matiz, Héctor Lucero intuye que los desplazamientos humanos entre el norte de Baja California y el sur de California poseen un antecedente histórico que actualmente permitiría pensar en una configuración cultural y económica más amplia que la delimitada geopolíticamente. Los desplazamientos humanos y la demanda comercial, sumados a un “olvido” estatal mexicano, ofrecieron condiciones únicas bajo las cuales se forjaron ciudades como Tijuana, Mexicali y Tecate. En el constante intercambio comercial, financiero y humano, estas ciudades quedaron ligadas a las condiciones laborales y sociales de algunas ciudades estadounidenses, en particular Los Ángeles.

Así, según nos plantea Lucero: “En muchos sentidos, el sur de California y el norte de Baja California ya no representan polos de crecimiento separados dentro de cada nación” (Lucero: 44). A modo de manchas, los asentamientos urbanos son distinguibles desde el norte de Los Ángeles hasta la ciudad de Ensenada, de tal forma que la frontera física parece diluirse y el espacio fronterizo puede ahora ser asimilado “cada vez con más frecuencia como un espacio donde ambos países se traslapan y mezclan” (59). Por tanto, una condición pos-

fronteriza puede surgir de este traslape en donde “coexisten y se mutan simultáneamente elementos de diferentes mundos” (59), dando origen a un orden cultural inesperado: la Bajalta.

De esta forma, la preservación del medio ambiente (señalada por Tapia), los avatares militares, religiosos y políticos que definieron la frontera (presentados por Magaña), o la reformulación geográfica y cultural de la zona fronteriza que permite pensar en una Bajalta (propuesta por Héctor Lucero), encuentran distintos nexos con otras expresiones culturales fronterizas, como la comunidad e identidad étnicas (de las que se ocupa Garduño), la narcocultura (abordada por Ovalle) o la migración (de la que se preocupa Vizcarra).

En esta obra conjunta encontramos trabajos complejos e interconectados que brindan mayores oportunidades para explicar el contexto cultural fronterizo, para repensar y reexplorar los imaginarios sociales que pesan en un espacio fronterizo de proterva insigne.